

La Real Academia Greco-Latina y un discurso griego en defensa de los estudios helénicos*

Pilar HUALDE PASCUAL
Felipe-G. HERNÁNDEZ MUÑOZ

Abstract

After rewinding the helenic studies situation in the begining of the XIX century in Spain, we comment the origin and evolution of the «Academia Latina Matritense» up to become «Real Academia Greco-Latina», its projects and activities, its more remarkable members —specially Saturnino Lozano—, to finish with the edition and the retoric-stilistical study of one of Saturnino Lozano's speech written in greek defending the helenic language and its study.

I. INTRODUCCIÓN. LA HERENCIA DEL SIGLO XVIII. LA SITUACIÓN DE LOS ESTUDIOS HELÉNICOS EN LA ESPAÑA DE COMIENZOS DEL SIGLO XIX

La situación de los estudios helénicos en España durante el siglo XIX es tema aún poco estudiado que no ha sido objeto de un trabajo exhaustivo que

* El presente trabajo se inscribe dentro del Proyecto de Investigación n.º 06/0069/97 financiado por la Comunidad de Madrid. Nuestro agradecimiento al Prof. Luis Gil por su asesoramiento en algunas cuestiones planteadas.

Siglas empleadas: AHN = Archivo Histórico Nacional, BNM = Biblioteca Nacional de Madrid, UCM = Universidad Complutense de Madrid.

ponga de relieve las luces y sombras del humanismo decimonónico español¹. Esta centuria, que tan fructífera fue en el campo de las letras helénicas en el resto de Europa, se ve constreñida en nuestro país por la propia complejidad de la historia de alternancias políticas, guerras, disturbios y los consiguientes cambios de los sistemas educativos que jalonan el XIX español, circunstancias que condicionarán en buena medida el cultivo de los estudios clásicos entre nuestros compatriotas.

Los comienzos del siglo XIX en España no suponen sino una continuación de la situación en que se habían mantenido los estudios de lengua griega durante el siglo anterior, con su total ausencia en la enseñanza no universitaria, y con falta de dotación de las cátedras de griego en las universidades, en las que incluso el uso de la lengua latina se encuentra en franca decadencia. El interés del helenista Campomanes, en las postrimerías del siglo anterior, por remediar el descuido en que habían caído las lenguas clásicas, y en especial la griega², no resulta más que un lenitivo momentáneo y el nuevo siglo, tras la guerra de la Independencia en 1808³, comienza con la más caótica situación para los estudios humanísticos.

En el primer tercio del XIX el cultivo de la lengua griega en España es francamente escaso, con excepción de los Reales Estudios de San Isidro, que son un reducto en que los estudios helénicos tienen continuidad de manos de profesores como Estala, Flórez Canseco o Hermosilla.

Fuera de esto, durante estos años son escasas las iniciativas oficiales para la defensa de los estudios clásicos y aún menores las encaminadas a promocionar concretamente los estudios de griego. Una relativa excepción la constituye la creación de las llamadas Escuelas de Latinidad y los Colegios de

¹ Cf. la observación de M. Fernández Galiano en «Humanismo y literatura en el siglo XIX español», en José A. Pérez Rioja, M. Fernández Galiano y A. Amorós, *Humanismo en el siglo XIX. Conferencias pronunciadas en la Fundación Universitaria Española los días 10, 12 y 17 de mayo de 1976*, Madrid, FUE, 1977, p. 32 y recientemente M. López Salvá, «Tradición clásica griega y humanismo en España: estudios y estado de la cuestión», *TEMPUS* 12, 1996, p. 24: «Un estudio exhaustivo de los estudios de griego del s. XIX como los que tenemos de los s. XVI, XVII y XVIII está aún por hacer».

² Cf. Luis Gil, *Campomanes, un helenista en el poder*, Madrid, FUE, 1976, esp. pp. 47-71 acerca de las reformas de los estudios helénicos que el estadista intentó llevar en la Universidad y en las órdenes religiosas.

³ Resulta interesante la observación de Fernández Galiano acerca de que, desde el punto de vista del humanismo, el siglo XVIII se prolonga en España hasta el comienzo la guerra de la Independencia, momento en que se impone la estética romántica en detrimento de la neoclásica imperante hasta entonces.

Humanidades, promocionadas por Calomarde a partir de 1825, que pretendían regular la enseñanza de la latinidad y, en menor medida, de la lengua griega⁴ fuera del nivel universitario⁵ y la aparición de la Real Academia Greco-Latina, que toma el relevo a las anteriores entre 1831 y 1834⁶, y que son algunas de las pocas e ineficaces medidas encaminadas a revitalizar los estudios humanísticos en nuestro país. Sólo a partir de 1845, con el traslado definitivo de la Universidad Complutense a la capital del Reino y la reforma de estudios llevada a cabo por Gil de Zárate se formará el embrión de lo que va a ser posterior cantera de figuras sobresalientes, aunque numéricamente escasas, del humanismo español de este siglo.

No obstante, en la década de los años treinta se observa un cierto interés renovado por la lengua y la literatura griega en nuestro país, lo que se deja notar en la publicación de traducciones y gramáticas⁷ tras años de silencio y

⁴ Tanto en las Escuelas de Latinidad como en los Colegios de Humanidades la enseñanza del griego está muy relegada con respecto a la del latín: Las Escuelas de Latinidad podían establecerse en todo pueblo que tuviera Corregidor o Alcalde Mayor y bastaba para su instauración que un preceptor dotado de título y con buena conducta acreditada obtuviese el permiso correspondiente y se comprometiera a enseñar únicamente lo prevenido en el Reglamento, a excepción del Griego si es que lo sabía. Por su parte, en los Colegios de Humanidades, que sólo se establecen en principio en las ciudades más importantes de España, se prevé sólo la enseñanza del griego en Madrid, aunque se pretende ir implantándola sucesivamente en otras ciudades (cf. J. Ruiz Berrio, *Política escolar de España en el siglo XIX (1808-1833)*, Madrid, CSIC, 1970, pp. 65 y 69).

⁵ Por el Plan de Enseñanza de 1807 las Universidades que no tuvieran estudios de gramática, latinidad o griego quedaban dispensadas de establecerlos. Por el Plan de Instrucción Pública de Quintana, de 1822, el griego quedaba eliminado como enseñanza oficial en todas las Universidades del reino.

⁶ La Real Academia Greco-Latina critica sin disimulo el Plan de Humanidades de 1825: «No ha retraído a la Academia para seguir este trabajo el que presentó la Inspección General, pues su desgraciada ejecución y el ningún fruto que de él ha reportado la causa pública en los últimos siete años corridos desde su aprobación persuaden de que no es bastante para su objeto. Sólo parecía atendible y algún tanto conveniente la formación de Colegios de Humanidades y, fuera que existiese un vicio esencial en su organización u otra causa, sólo uno se ha mantenido en la Península, y esto porque contaba con otros elementos y principios de conservación distintos del Plan» cf. BNM Ms 13285, p. 14.

⁷ En 1829 se publica una gramática griega de carácter escolar a manos del escolapio P. Inocente de la Asunción Palacios, *Gramática griega elemental, compuesta para niños por el Padre Inocente de la Asunción, de las Escuelas Pías*; tres años más tarde, en 1832, aparece la *Gramática griega* de José María Román, coronel de Infantería y Teniente coronel del cuerpo de ingenieros, publicada en la Imprenta Real y muy

desinterés. A este momento pertenece el curioso documento que ahora presentamos y que ha permanecido inédito durante más de siglo y medio en la Biblioteca Nacional.

2. LA REAL ACADEMIA GRECO-LATINA. ORÍGENES Y EVOLUCIÓN DE LA INSTITUCIÓN: EL PASO DE LA ACADEMIA LATINA MATRITENSE A LA REAL ACADEMIA GRECO-LATINA

Desde 1755 venía funcionando la institución conocida como Real Academia Latina Matritense, sociedad creada en un principio para defender los intereses corporativos de los preceptores de latinidad de la Corte. Esta Academia amplía a lo largo del siglo XVIII sus atribuciones⁸ hasta el punto

alabada en las censuras de la época; finalmente, en 1833 se publica la *Nueva gramática griega* de Antonio Bergnés de las Casas, importante obra con la que el helenista catalán pretende una renovación pedagógica en los estudios de griego. En cuanto a las traducciones de estos años hay que mencionar la *Traducción de Anacreonte, Safo y Tirteo* de José del Castillo y Ayensa, publicada en 1832, y tres traducciones de Homero coetáneas: la muy conocida de Gómez Hermosilla, publicada en 1831, y otras dos que, si bien nos consta que fueron realizadas en estos años, la fatalidad ha hecho que no se hayan conservado hasta nuestros días. Una de ellas es la traducción de las obras de Homero al castellano que lleva a cabo Serafín Chavier, cuya licencia de impresión fue concedida en 1833 y cuyo prospecto llegó a imprimirse en 1835. Otra es la de Francisco Estrada y Campos, cuyo libro primero de la *Iliada* fue presentado a la Academia Greco-Latina en 1833 y que sabemos que dejó concluida, aunque inédita, a su muerte. Sobre estas traducciones cf. P. Hualde «Documentos para la historia de la Filología Griega en la España del siglo XIX: La censura de gramáticas y traducciones del griego y la Real Academia Greco-Latina (1830-1833)», *Epos* XIII (1997), 397-416.

⁸ Para la historia de la institución cf. F. Aguilar Piñal, «La Real Academia Latina Matritense en los planes de la Ilustración», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* 3, 1968, pp. 183-217, donde se hace especial hincapié en los avatares de la Academia durante el siglo XVIII; Luis Gil, *Panorama Social del Humanismo Español (1500-1800)*, Madrid, Alhambra, 1981, ahora reeditado en Tecnos, 1997, pp. 376-391, y en sus *Estudios de Humanismo y tradición clásica*, Madrid, Editorial Complutense, 1984, pp. 81 y ss., quien se centra especialmente en los aspectos sociales de esta corporación; Julio Ruiz Berrio, *Política escolar de España en el siglo XIX (1808-1833)*, Madrid, CSIC, 1970, pp. 101-105; una panorámica general de la historia de la Academia a partir de los documentos conservados, en Pilar Hualde Pascual-Francisco García Jurado, «Documentos y semblanzas de una Academia desaparecida: La Real Academia Greco-Latina Matritense», en J. Gómez Pantoja (ed.), *Lixcavando Papeles. Indagaciones arqueológicas en los archivos españoles* (en prensa).

que desde 1767 los exámenes de latinidad de la Academia, indispensables para obtener el título que facultaba para la enseñanza de esta lengua, se extienden a todo el Reino. Nada se dice, sin embargo, por parte de este colectivo, de la enseñanza de la lengua griega durante estos años, pese al interés que en esta institución puso el político y helenista Pedro de Campomanes, quien, en noviembre de 1763, incluso llega a recomendar a Antonio Barrio para que fuera nombrado miembro numerario *ad honorem* de esta Academia «por ser muy inteligente en la lengua griega»⁹. Ninguna mención más a la lengua griega se hace durante años por parte de esta institución, ni siquiera cuando, en 1814, finalizada la Guerra de la Independencia, la Academia Latina vuelve a sus funciones tratando de reorganizar su estructura con la creación de nuevos cargos, la dotación de una Biblioteca que pueda estar a la altura de la categoría científica que los académicos pretenden y la elección de un alto dignatario del Estado, D. José M.^a Puig y Samper¹⁰, para dirigir la corporación.

Pero en los comienzos de la década de los años treinta del siglo XIX hay indicios de una renovada inquietud por los estudios de griego en España y, como adelantábamos, algunos intelectuales reclaman, desde los prólogos de sus gramáticas, desde los juicios de las censuras, desde las dedicatorias de sus traducciones, que se preste la atención debida a la lengua helénica¹¹.

⁹ Cf. UCM Ms.77, pp. 70 y 71. Sabemos que Antonio Barrio, oficial mayor de la Real Casa de la Moneda, académico de la Historia y censor de numerosas obras, actuó como juez en varias oposiciones en los Reales Estudios, así en 1768 en la oposición a cinco plazas de maestros de latinidad y griego, y el 26 de septiembre de 1770, junto con Juan de Iriarte, Casimiro Gómez Ortega y José Rodríguez de Castro, formó parte del tribunal que juzgó la oposición a la cátedra de Griego que obtuvo Juan Domingo Cativiela. A la muerte de Cativiela volvió a juzgar la oposición a dicha cátedra en 1778, resultando elegido Casimiro Flórez Canseco (cf. Simón Díaz, 1991, 248, 287 y C. Hernando, *Helenismo e Ilustración. El griego en el siglo XVIII español*, Madrid, FUE, 1975, p. 419-420). Curiosamente, también Campomanes propuso a Barrio como Académico Supernumerario de la Academia de la Historia el 5 de enero de 1770 (cf. Hernando, *op. cit.*, p. 419).

¹⁰ José M.^a Puig y Samper era Consejero de Estado Honorario y Decano del Consejo Real de Castilla. A finales de 1832, poco antes de su muerte, Puig es ascendido a Gobernador del Consejo de Castilla (cf. UCM Ms.82, p. 52, acta del 4 de noviembre de 1832). Sin embargo, el desinterés de este personaje por la Academia es bien notorio por su ausencia permanente en las sesiones de la corporación, hasta el punto de que en julio de 1830 Puig presenta su dimisión, que no es aceptada por una Academia que se aferra a sus individuos de más relevancia política en la esperanza de conseguir las tan ansiadas prerrogativas por parte de la Corte.

¹¹ Cf. Hualde-García Jurado, *art. cit.*

La Academia, probablemente recogiendo las inquietudes intelectuales de la época, decide su paso de Academia Latina a Academia Greco-Latina, si bien en los documentos que nos ha legado la institución se nos dan pocos datos sobre los motivos y la génesis de este cambio de denominación y la consiguiente ampliación de objetivos de la corporación. Únicamente nos consta que en un momento dado nuestra Academia pretende equipararse con otras de mayor renombre y fortuna, como la de la Lengua y la de la Historia. Se tiene también noticias de un primer intento fallido de cambiar su denominación por la de Academia de Literatura, en claro paralelo a la ya prestigiosa Academia de la Lengua. Sólo en 1830, con la aprobación de unos nuevos Estatutos, la institución mudará su antiguo título por el de Real Academia Greco-Latina y en el propio dictamen de los fiscales se da cuenta del propósito de la institución de dar nuevo vigor a los estudios de lengua griega, tan olvidados y que, sin embargo, se consideran de tanta utilidad.

«La Academia Latina desea obtener el título de Greco-Latina dando ampliación a sus trabajos y excitando la afición de la lengua griega, la primera de las antiguas por su energía y profundidad y otras dotes; y cuyo conocimiento es de una inmensa utilidad ahora que las nomenclaturas de todas las ciencias se han tomado de aquel rico fácil copioso número.

Es verdad que antes negó S. M. a la Academia que se titulase de Literatura pero es tan distinta la denominación, y los objetos que abraza son tan variados y tan vastos que aquella derogación no puede aplicarse al caso del día»¹².

La nueva etapa de la corporación está marcada por la protección real de Fernando VII y de su esposa M.^a Cristina, sobre todo a lo largo de los años 1832 y 1833, durante los cuales la Reina se hace cargo del despacho de Estado a causa de la enfermedad de su regio esposo¹³.

No es anecdótico, por tanto, que entre el grupo de intelectuales que pretende sacar adelante el proyecto de instauración de la nueva Academia Greco-Latina se encuentren, aparte de los académicos de la antigua Latina Matritense, algunos personajes estrechamente vinculados con la Corte. Entre

¹² «Dictamen de los Sres. Fiscales dado al Consejo sobre el plan de Estatutos presentado por la Academia (1831)», UCM Ms 81.

¹³ A este respecto cf. el trabajo de M.^a del Carmen González Vázquez, «Una oda sáfica en latín en honor de la reina Cristina», *Minerva* 1999 (en prensa) donde se repasa la actividad de la Comisión de Latinidad de la Academia y, en concreto, la composición de una oda a la Reina M.^a Cristina en un momento en que la esposa del monarca dispensaba una especial protección a esta corporación.

ellos destacan dos: el presbítero Francisco Antonio González, vice-director de la corporación, y José Gómez de la Cortina, conde del mismo nombre, nombrado secretario en las primeras elecciones de cargos de la Greco-Latina y uno de los principales impulsores del nuevo proyecto. El primero, auténtico director de facto de la Academia, frente a la figura meramente nominal de Puig y Samper, había sido nombrado a comienzos del año 1830 confesor de la nueva soberana, dada su condición de Predicador y Bibliotecario Mayor del Rey. El segundo, Gentilhombre de Cámara del Rey y diplomático¹⁴, no sólo fue uno de los promotores de la Academia Greco-Latina, sino que incluso corrió con los gastos que supuso la instalación y mantenimiento de la nueva institución mientras se materializaba la ayuda económica que los académicos esperaban de la munificencia regia¹⁵.

Tras la aprobación de los nuevos estatutos en septiembre de 1831, el acto oficial de instauración de la Academia Greco-Latina se lleva a cabo en sesión pública celebrada en la Sala de Juntas del Ayuntamiento de Madrid, a las doce y media de la mañana del sábado 27 de noviembre de ese mismo año. Asistieron invitados a la ceremonia un nutrido grupo de notables del reino, entre los que no se encontraba el director de la Academia José María Puig y

¹⁴ José Gómez de la Cortina fue uno de los principales intelectuales de la época calomardina, cuya tertulia dominical describe de la siguiente manera Mesonero Romanos: «Nos reuníamos en grata compañía, los domingos por la mañana, en casa de D. José Gómez de la Cortina (...) todos o casi todos (que no llegaríamos seguramente a una docena) los jóvenes dados por irresistible vocación a conferir con las musas o a ensuciarnos las manos revolviendo códices y mamotretos...», Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón*, Madrid, Renacimiento, 1926, tomo II, p. 29.

¹⁵ El acercamiento de la institución a la Corona y al Gobierno lleva, durante estos años, a nombrar miembros honorarios de la Academia a las más notables figuras del Estado, como es el caso de Tadeo Calomarde, secretario de Estado y Ministro de Gracia y Justicia, cuyo nombramiento se aprueba el 20 de junio de 1830 (UCM Ms 81). Calomarde tuvo una importancia capital en el gobierno hasta septiembre de 1832, cuando, tras los sucesos de la Granja, se ve obligado a huir de España. En la lista de miembros honorarios de la Academia, dada en Febrero de 1833, Calomarde ya no figura como tal y, sin embargo, sí lo hace su sucesor en el Ministerio de Gracia y Justicia, José Cafranga.

Entre las figuras que sirvieron de puente entre la Corona y la Academia sobresale, como miembro honorario, Juan Miguel Grijalba, secretario personal de Fernando VII y hombre de absoluta confianza para el monarca. Este Grijalba tendrá gran importancia en el proceso de solicitud llevado a cabo por la Academia para obtener de la real munificencia la concesión de un local del patrimonio real para la celebración de sus reuniones.

Samper, figura, como hemos señalado, meramente representativa en la vida de la corporación. Léida la Real Cédula por la que Fernando VII concedía a la Academia nuevos estatutos¹⁶ y léida asimismo una parte de los mismos y la minuta del acta de elecciones de los cargos directivos, el latinista Luis de Mata y Araujo lee un discurso inaugural latino y el helenista Saturnino Lozano lee el discurso de elogio de la lengua griega del que tratamos en este trabajo. Un documento de la época describe de esta manera la ceremonia de instauración de la Academia:

«El Rey Fernando VII concedió a la Real Academia Latina Matritense unos nuevos Estatutos, mandando se titulase en lo sucesivo Real Academia Greco-Latina. Instalose de este modo en la sala de Juntas del Ayuntamiento de esta Villa el día 27 de Noviembre de 1831, del modo siguiente: Perfectamente decorado el salón, estaba presidido por los retratos de los Reyes bajo de rico dosel. Sentose al pie del trono el Vice-Director D. Francisco Antonio González por ausencia del Director D. José María Puig y Samper; a su derecha se sentó D. José Gómez de la Cortina, Secretario y al opuesto D. Agapito García de García, Censor, y alrededor de otra mesa unida a la primera, tomaron asiento todos los demás académicos, ocupando los puestos de respeto los Grandes de España, Consejeros de Estado y Cuerpo diplomático, y enfrente de estos los demás Cuerpos Científicos y los demás convidados ocupaban lo demás del salón. El Vice-Presidente abrió la sesión demostrando la Concesión que había hecho el Rey de los nuevos estatutos haciendo a la antigua Academia Latina más extensiva su utilidad. El Secretario leyó en alta voz la Real provisión y reglamento, poniéndose en pie todos los asistentes al pronunciar el nombre del Rey y sus títulos. Concluida la lectura manifestó el Presidente haber procedido la Academia a la elección de Oficios, cuyos nombramientos leyó el Secretario. Después D. Luis Mata y Araujo Profesor de latinidad pronunció una Oración inaugural en lengua latina; y en seguida dijo la suya en griego D. Saturnino Lozano, Académico Supernumerario y Profesor de esta lengua en la misma Academia. El Vicedirector dirigió una expresiva alocución, manifestando el más vivo reconocimiento al Rey y por último dijo la Academia queda instalada, con lo que terminó este solemne acto»¹⁷.

¹⁶ Los Reglamentos de la Real Academia Greco-Latina fueron publicados el 27 de marzo de 1832 en la *Gaceta de Madrid*.

¹⁷ *Diccionario histórico-matritense* por Basilio Sebastián Castellanos de Losada (inédito) BN MS 20.246, s.u. Academia Grecolatina (Real).

A partir de este momento la Academia funcionará dividida en tres comisiones: de Literatura y Gramática General, de Lengua Latina y de Lengua Griega.

3. ACTIVIDADES Y PROYECTOS DE LA COMISIÓN DE LENGUA GRIEGA: LOS EXÁMENES DE PROFESORES DE GRIEGO, LA COLECCIÓN DE AUTORES Y LA POESÍA GRIEGA A LA REINA CRISTINA

La brevedad del esplendor de la Academia Grecolatina (1831-1833) hizo que sus proyectos tanto en el campo de política educativa como en el campo científico quedaran en buena medida frustrados.

Si la concesión de nuevos estatutos a la Academia por parte de Fernando VII posibilitó a esta institución el control de la enseñanza no universitaria de la lengua griega, amparados por la corte que rodeaba al monarca en sus últimos años y en especial de su esposa M.^a Cristina¹⁸, lo cierto es que tras la muerte del Rey y el cambio de signo político, las actividades de la Academia se diluyen y su poder en el campo de la enseñanza desaparece.

Mientras duran los momentos de euforia organizativa de la corporación los proyectos de la Comisión de Griego se centran, en primer lugar, en el control de la expedición de títulos que faculten para el ejercicio de la enseñanza de esta lengua, al igual que había venido haciendo la Academia Latina durante años respecto al profesorado de latín: «...Se resolvió consultar a S. M. acerca de quién debe dar los títulos de Profesor Público de Lengua Griega, y si los

¹⁸ A la que se invoca como conocedora de la lengua griega por parte de algunos helenistas del momento, como es el caso de la dedicatoria de la *Gramática Griega* de José M.^a Román («Los conocimientos que V. M. posee de la lengua griega me determinaron a solicitar la honra de ofrecer a S.R.P. la presente obra...») o de la traducción de *Anacreonte, Safo y Tirteo* de José del Castillo y Ayensa («V. M., versada en el sabio y dulce idioma del original...»), ambas publicadas en 1832, cf. Hualde, *art. cit.*, y B. Romero Blanco, *José del Castillo y Ayensa. Humanista y diplomático (1795-1861)*, Pamplona, 1977, p.48. Los académicos también ponen sus trabajos bajo la protección de la Real Persona de M.^a Cristina: «Así que mientras las naciones vecinas elevan diarios monumentos a las sabias producciones de la Antigüedad con magníficas impresiones, nosotros buscamos en la almoneda de un sabio casi desconocido algún ejemplar de las obras célebres que han hecho las delicias del género humano. No obstante, todo ha variado y el augusto nombre de Cristina y la protección de su Augusto Consorte presidirá nuestros trabajos y bajo la benigna influencia de este astro hermoso ¿quién podrá contrarrestar los esfuerzos constantes y decididos de esta sabia corporación?» (BNM Ms 13285).

que antes ejercían la enseñanza pública tendrían que sacar nuevos títulos conforme al Reglamento...»¹⁹. No contenta con esta prerrogativa la comisión de Griego hizo la propuesta de que para opositar a cátedras de latín fuera preciso justificar el conocimiento de la lengua griega, propuesta que fue rechazada en la junta del 19 de febrero de 1832. Separadas pues ambas lenguas, se llegaron a imprimir las instrucciones para los exámenes de profesor de Griego con independencia de las de profesor de Gramática y Lengua Latina o Humanidades²⁰.

En el plano científico el proyecto más sobresaliente fue la creación de una colección de autores griegos, en paralelo con la colección de autores latinos que la Academia llevaba años preparando. Esta obra, concebida al servicio «de la enseñanza de esta lengua» y que se recogería en «tres tomos en octavo» comprendería las *Fábulas* de Esopo, *De institutione puerorum* de Plutarco y dos discursos de Isócrates, *a Nicocles* y *a Demónico*, en el primer tomo; en el segundo el discurso *Sobre la Corona* de Demóstenes, «dos tres primeros libros de Homero» (*sic*, ¿Los tres primeros cantos de la *Iliada*?) y el primer libro de la *Teogonía* de Hesíodo; el tomo tercero contendría el *Pluto* de Aristófanes, el *Cíclope* de Eurípides, el *Edipo Rey* de Sófocles, «y Píndaro» (sin especificar qué selección de este autor)²¹. Según este proyecto, en cada uno de los autores se pondría la traducción castellana junto al texto original «en las dos o tres lecciones primeras» y en las restantes sólo notas aclaratorias en los pasajes más difíciles, así como comentarios sobre el estilo y la lengua de cada autor. Nada nos autoriza a pensar que el proyecto llegara a término, aunque los caracteres tipográficos griegos fueron presentados por el impresor Aguado²² y, si hubo material trabajado a este efecto, se ha perdido.

Fuera de esto, la Comisión se propuso llevar a cabo un poema en griego en honor de su benefactora la Reina M.^a Cristina, al mismo tiempo que la Comisión de Latinidad realizaba una composición latina y la de Lengua y Literatura una alocución en castellano. Si bien ninguna de las tres llegaron a presentarse ante la soberana, la oda latina llegó a componerse y se conservó

¹⁹ UCM Ms 82 p.10, acta del 8 de enero de 1832. La concesión a la Academia de la facultad de examinar de ambas lenguas no se hace esperar, y así en el *Correo Literario* del día 18 de ese mismo mes se anuncia que S. M. «ha concedido a la Academia Greco-Latina la facultad de examinar a los aspirantes a profesores de ambas lenguas y que las oposiciones a Cátedra de tales enseñanzas se verifiquen ante el mismo Cuerpo literario o sus subdelegaciones».

²⁰ BN Ms 13285, documento n.º 18.

²¹ Cf. BN Ms. 13285, documento n.º 21.

²² Fusebio Aguado, conocido impresor madrileño del siglo XIX.

en las actas de la comisión²³. La composición griega recayó, en un primer momento, en la persona del vice-director, Francisco Antonio González, quien se excusa de realizar el trabajo «a causa de sus achaques»²⁴; otro individuo, el Padre Carrasco, tampoco se decide a llevar a cabo el poema, según figura en las actas de la Academia: «el P. Carrasco se excusa de hacer la composición a S. M.»²⁵, finalmente realizarán sendos poemas dos religiosos pertenecientes a la Comisión de Lengua Griega, los Padres Vera e Inocente de la Asunción, entre los que resulta elegido el del primero. Precisamente, el Padre Vera formó parte de la comisión designada para acudir al Palacio a felicitar a la Reina, en compañía de los individuos honorarios de la Academia Grijalba, secretario personal del Rey, Tordesillas, y el Comisario de Cruzada, Manuel Varela, importante figura política y gran mecenas de la época. Por desgracia para la Academia esta visita a Palacio se fue demorando hasta que quedó olvidada, en un momento en que nuestra corporación se distancia del mencionado Comisario de Cruzada, defraudada en sus expectativas de conseguir permanente financiación y ayuda²⁶.

²³ Cf. el estudio del poema y las circunstancias que rodearon su composición en M.^a del Carmen González Vázquez, *art. cit.* (en prensa).

²⁴ Cf. UCM Ms 82 p. 36 v., acta de la junta del 24 de junio de 1832.

²⁵ Cf. UCM Ms. 82, acta de la junta del 15 de julio de 1832.

²⁶ En enero de 1833 aún no se ha producido la audiencia ante la Reina. A la vista de la paralización de este proyecto de felicitación, Saturnino Lozano propone que se suspenda la visita a palacio «por haber transcurrido tanto tiempo», cf. UCM Ms. 82, acta de la junta del 13 de enero de 1833. Precisamente entre febrero y marzo de este mismo año se cruzan una serie de misivas entre la Comisaría de Cruzada y la Academia, decepcionada ésta porque los ansiados arbitrios reales se reducen a 500 ducados para el pago de casa por un año. Nuestra institución había acudido al Rey por conducto de Mayordomía Mayor, para solicitar arbitrios. La Reina Cristina envió el expediente correspondiente al Ministerio de Hacienda y éste al Comisario de Cruzada, quien asigna la pequeña cantidad señalada y por un único año. Los Académicos se sienten heridos en su dignidad («la Academia no solicitó una limosna, sino una ayuda de costo sobre alguno de los fondos dependientes de la Real Voluntad» UCM Ms 82 acta de la junta extraordinaria del 1 de Mayo de 1833) y las relaciones con la corte se enfrían notablemente desde este momento. La actividad de mecenazgo llevada a cabo por el Comisario de Cruzada Varela, así como la protección real de la reina M.^a Cristina a escritores y artistas es una constante en el trienio 1830-1833. Véase al respecto lo que nos cuenta Mesonero Romanos acerca del dramaturgo y editor José M.^a Carnerero, que, caído en desgracia ante la Corte de Fernando VII, logra reintegrarse a ella gracias al buen hacer de Varela, y del ministro López Ballesteros (también, por cierto, miembro honorífico de la Greco-Latina): «Desdeñado, empero, por aquel Gobierno durante largo tiempo, tardó mucho en

4. ALGUNOS HELENISTAS MIEMBROS DE LA COMISIÓN DE LENGUA GRIEGA

De los veinte socios numerarios y trece supernumerarios que componen la Academia Greco-Latina en el momento de su instauración, cinco forman parte de la comisión de Lengua Griega, a los que se añade el vice-director que ostenta la categoría de Académico Profesor de Lengua Griega y entra a formar parte de dicha Comisión como individuo nato, en virtud de los artículos XV y XXII del nuevo Reglamento General de la Grecolatina. Encontramos, pues, un núcleo de seis helenistas que en los comienzos de los años treinta del siglo pasado, aun con muchas limitaciones científicas y la falta de medios propios del momento, se unen en la ilusionada tarea de dar nuevo vigor a los estudios helénicos en España. La procedencia profesional de estos individuos es diversa: la Biblioteca Real, los Reales Estudios, la Universidad de Alcalá y algunas órdenes religiosas como Escolapios y Franciscanos.

El que parte de estos helenistas estén vinculados a los Reales Estudios es algo esperable dado el hecho ya comentado de que esta institución es uno de los únicos reductos donde continúa la impartición de lengua griega en los últimos años del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX. Tampoco resulta extraña la pertenencia de algunos de estos individuos a la Biblioteca Real, ya que, según las constituciones de ésta, dadas en 1761, además de la obligación por parte de todo el personal de la misma de conocer el latín, los bibliotecarios tenían obligación de conocer también la lengua griega²⁷. Más llamativa es la procedencia de algunos académicos de diversas órdenes religiosas, en concreto de los Escolapios, enemigos y rivales irreconciliables de la Academia Latina Matritense del siglo XVII, y que en esta época parecen haber entrado en un proceso de acercamiento y colaboración²⁸. Veamos, pues, algo más de la vida y actividades de cada uno de estos seis helenistas decimonónicos.

rehabilitarse y penetrar en las antecámaras del Palacio; pero al fin penetró por la mediación del ministro Ballesteros y el Comisario de Cruzada Varela, y pudo obtener de Fernando VII el privilegio exclusivo de publicar un periódico o revista literaria, que tituló *Cartas Españolas*, y que, como buen cortesano, puso bajo el amparo y protección de la reina M.^a Cristina.» Ramón de Mesonero Romanos, *op. cit.*, Madrid, p. 73.

²⁷ Cf. F. Aguilar Piñal, «El mundo del libro en el siglo XVIII», en *Varia Bibliographica: Homenaje a José Simón Díaz*, Kassel: Reichenberger, 1988, p. 29.

²⁸ Véase el informe remitido por la Academia al Ministerio de Fomento en 1833 BN Ms 13285, p. 2 v.: «Por desgracia y como una consecuencia de los enormes abusos arraigados en nuestra España a los que han contribuido no poco los Regulares, que sin método ni orden, a excepción de los P.P. Escolapios han invadido el magisterio (...) el mal continuó haciendo rápidos progresos». En este momento es miem-

Francisco Antonio González, vice-director de la Academia, era natural de El Casar, provincia de Guadalajara, y había realizado estudios de Latín, Retórica, Poética, Griego y Hebreo en la Universidad de Alcalá de Henares, donde terminó doctorándose en Teología. Cátedrático de árabe y hebreo en la Universidad de Alcalá, en 1799 oposita sin éxito a la cátedra de esta materia en los Reales Estudios²⁹. En su condición de presbítero estuvo estrechamente vinculado a la corte de Fernando VII: fue confesor de la Reina M.^a Cristina, cuarta esposa del monarca, y había hecho la oración fúnebre de su antecesora, la Reina M.^a Amalia de Sajonia. González es uno de los helenistas ligados a la Biblioteca Real, en la que tenía el cargo de Bibliotecario Mayor³⁰. Por sus servi-

bro supernumerario de la Academia el escolapio P. Inocente de la Asunción Palacios, y miembros honorarios el P. Cayetano Losada de la Virgen del Carmen, el P. Ramón Valle y el P. Isidro Peña, todos ellos pertenecientes a las Escuelas Pías. Para la figura y obra del P. Inocente de la Asunción *cf. infra*, el P. Losada fue autor de un diccionario Español-Latino para niños, publicado en 1837 por la Compañía de Impresores y unas *Sentencias de Cicerón traducidas al castellano* que no se conservan, *cf. M. R. P. Rabaza Calasanz, Historia de las Escuelas Pías en España*, Valencia, 1917, tomo III, p. 420. El P. Ramón Valle fue autor del conocido *Diccionario Manual Greco-Latino español*, el primer diccionario griego-español publicado en nuestro país. De él afirma los siguiente Rabaza Calasanz: «Como él, algunos otros merecieron ver su nombre entre los académicos de la Greco-Latina, por lo cual parecenos este el lugar de señalar la publicación del *Diccionario Manual Greco-Latino Español*, dispuesto por los P.P. Escolapios, no como un alarde de suficiencia, sino como una nota de oportunidad, pues se escribió para llenar urgentemente un vacío que no daba tregua, para cuyo remedio no hubo presteza que se adelantara a la de las Escuelas Pías, donde entonces descollaban más de algunos helenistas», *cf. Rabaza Calasanz, op. cit.*, tomo IV, p. 121.

²⁹ J. Simón Díaz, *op. cit.*, p. 381 y n. 4.

³⁰ Según los estatutos de la Biblioteca Real, el Director General de la misma era el confesor del Rey, pero la dirección efectiva la desempeñaba el Bibliotecario Mayor, que, en el caso de González, era el confesor de la Reina. Además del Bibliotecario Mayor, la Real Biblioteca contaba con otros cuatro bibliotecarios. Francisco Antonio González ocupó el cargo de Bibliotecario Mayor desde 1820 hasta 1833, después de haber ocupado los puestos de oficial supernumerario (1802), bibliotecario (1804), bibliotecario mayor sustituto (1816), bibliotecario mayor con honores y sueldo (en el mismo año 1816) y, finalmente, bibliotecario mayor en propiedad (1820). Este cargo lo ocupará hasta 1833. Le sucedió en el cargo el erudito Diego Clemencín, también socio de la Grecolatina y uno de los pocos directores seculares que tuvo la Biblioteca Real. Francisco Antonio González ha pasado a la historia como trabajador infatigable, redactor de extensos catálogos, entre los que destaca uno de los manuscritos de la Real Biblioteca, *cf. Hipólito Escolar, Historia de las Bibliotecas*, Madrid, 1985, p. 408 y Justo García Morales, *La Biblioteca Real, 1712-1836*, Madrid, 1971, p. 28. Recientemente, Luis García Ejarque, *La Real Biblioteca de S. M. y su personal (1712-1836)*, Madrid, 1997, pp. 495-498.

cios a la Corona el rey condecoró a González con la Cruz pensionada de Carlos III en diciembre de 1829.

Alejandro Albizú era asimismo Bibliotecario del Rey, ya que ejercía como Contador en la Biblioteca Real. Según se deduce de las palabras de Lozano en el prólogo de su *Gramática Griega*, Albizú había sido, como Hermosilla, Acedo y él mismo, discípulo de Casimiro Flórez Canseco en los Reales Estudios³¹. Albizú muere en 1832. Su puesto de Académico numerario lo ocupa Saturnino Lozano, encargado a su vez de hacer el elogio fúnebre del fallecido.

El P. Bernardo Carrasco, perteneciente a la orden de los Benedictinos Cistercienses, era Catedrático de Griego de la Universidad de Alcalá de Henares desde 1819, en la última etapa de vida de la misma. Cuando en 1836 se crea la Universidad Central se incorpora a ella como profesor de esta asignatura. La ilusión del padre Carrasco en la tarea de vigorizar los estudios helénicos en España se materializó en el discurso de apertura del curso Universitario de Madrid de 1840, titulado *Oratio ad studium graecae linguae scitandum et promovendum*³².

En los últimos años de su vida participó en el malogrado proyecto de creación de un diccionario griego-español³³.

Poco se sabe del P. Manuel Vera, salvo su pertenencia a la Orden de Mínimos (Franciscanos) y a la comisión de Lengua Griega de la Academia que, además, celebraba sus reuniones en la celda del fraile todos los viernes a las cinco de la tarde. El padre Vera, además de tener conocimiento del griego, debía de estar versado en hebreo, lo que explica la propuesta que hizo a la

³¹ «(...) y lo hicieron D. José Mamerto Gómez Hermosilla, D. José Acedo, D. Alejandro Albizú, eminentes helenistas, y los demás discípulos del ilustre y venerado maestro mío D. Casimiro Flórez Canseco, gloria de los Estudios Reales de esta Corte, llamados de San Isidro...», Saturnino Lozano, *Gramática Griega*, Madrid, 1849, p. X. De la actividad de Albizú en la Real Biblioteca sabemos que fue Oficial (1815-1825), Bibliotecario Honorario (1826), de nuevo Oficial (1827), Oficial Bibliotecario Honorario con opción (1828) y Bibliotecario (1829-1831), cf. Justo García Morales, «Los empleados de la Biblioteca Real», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 73, 1, 1966, p. 32.

³² *Oratio ad studium Graecae Linguae scitandum et promovendum, habita in Matritensi Gymnasio totius Hispaniae nobilissimum, curriculo studiorum reduspiciendo. XV KAL. NOVEMBRIS. A. D. Bernardo Carrasco, Presbytero, Sacrae Theologiae Doctore, Cathedrae Graecae Linguae Antecessore, et Classico Academiae Graecolatinae socio. Matriti: ex typographia Eusebii Aguado, 1840.*

³³ Cf. Pilar Martínez Lasso, «La confección de los diccionarios greco-hispanos en el siglo XIX: historia de un proyecto», *Charis Didaskalias*, Homenaje a Luis Gil, Madrid, 1994, pp. 815-830.

Academia en 1831 sobre «hacer una adición acerca de los exámenes de lengua hebrea»³⁴ y que, finalmente, fue rechazada.

El P. Inocente de la Asunción Palacios tuvo cierto renombre en la pedagogía del siglo XIX. Nacido en Madrid en 1804, se educó en las Escuelas Pías de San Antón y posteriormente profesó en las Escuelas de San Fernando, también en la capital, donde realizó estudios, entre otras cosas, de lenguas clásicas. Catedrático de Latín y Griego en el mismo colegio de San Fernando, en 1829 publicó una Gramática Griega elemental, compuesta para niños (1 vol. 1.ª edición, Madrid, Ibarra 1929), cuyo origen parece estar en unos apuntes de clase que daba a sus discípulos³⁵. Pese a la novedad que supuso una gramática de esta lengua pensada para un público infantil en un momento en que los estudios helénicos se encontraban tan relegados del panorama pedagógico español, la obra no tuvo, al parecer, buena acogida por parte de la Academia Greco-Latina, que denegó su licencia de reimpresión en 1831, ante el demoleedor juicio de la censura que hizo de ella Saturnino Lozano, que era, como el propio Padre Inocente de la Asunción, académico supernumerario en ese momento³⁶.

5. LA FIGURA DE SATURNINO LOZANO

Saturnino Lozano, al que encontramos como socio supernumerario de la Academia Grecolatina en 1831 y como miembro numerario desde el 27 de octubre de 1833, había nacido en Madrid el 20 de noviembre de 1789. Recibió su formación en los Reales Estudios y se le cita como discípulo de Gómez Hermosilla³⁷, si bien él se reconoce discípulo de Flórez Canseco en el prólogo de su Gramática, citado *supra*. La vida de Lozano, como la de tantos coetáneos suyos, está marcada por el devenir político de la España de la época. Los primeros datos que tenemos de su trayectoria profesional lo sitúan como oficial 4.º de la Biblioteca de los Reales Estudios en 1822, en sustitución de

³⁴ UCM Ms 81 acta de la junta del 31 de julio de 1831.

³⁵ Según parece, el padre de uno de los alumnos del P. Inocente, versado en la lengua griega, descubrió los apuntes de clase y animó al Rector del colegio a publicar la obra, cf. M. R. P. Rabaza Calasanz, *Historia de las Escuelas Pías en España*, Valencia, 1918, Tomo IV, pp. 120-125.

³⁶ Cf. Pilar Hualde Pascual, *art. cit.*, pp. 406-407.

³⁷ Cf. Manuel Ovilo y Otero, *Manual de Biografía y Bibliografía de los escritores españoles del s. XIX*, 1859, s.u. Lozano y Luis Ballesteros Robles, *Diccionario Biográfico Madrileño*, 1912, s.u. Lozano.

Francisco Sánchez Barbero que había muerto en prisión³⁸. Acabado el período constitucional, la Regencia reestablece las órdenes religiosas y la Biblioteca del Colegio Imperial se devuelve a los jesuitas. La consecuencia inmediata es que el Bibliotecario Mayor, García de Arrieta, abandona su puesto y parece ser que los demás empleados, entre los que figura Lozano, también lo hicieron³⁹. No tenemos noticia de las actividades del helenista durante los siguientes nueve años. El tres de julio de 1831 Saturnino Lozano es nombrado Académico Supernumerario de la aún Academia Latina, poco antes de su refundación, e inmediatamente comienza a asistir a las juntas (la primera asistencia de Lozano a las reuniones de la Academia es del 17 de julio de 1831) y a participar activamente en la vida de la institución y en el paso a la nueva etapa de la misma. Nos consta que pasó el reglamentario examen de Griego de la Academia en enero de 1832: «Dn. Saturnino Lozano fue examinado en Madrid y aprobado para Catedrático de Griego en 8 de enero de 1832. Se le expidió certificación de examen»⁴⁰. De ese mismo día consta su nombramiento como Profesor Supernumerario de Lengua Griega⁴¹, por lo que suponemos que durante estos años de absolutismo fernandino se ganaba la vida mediante la enseñanza del griego. Tras el fallecimiento de Albizú, el 27 de octubre de 1833, pasa a la clase de Académico Numerario. La importancia de Lozano durante la breve época de esplendor de la Academia (1831-1833), coincidente con los últimos años de reinado de Fernando VII, es capital. A partir de 1834 la Academia Grecolatina entra en declive y en 1836, una vez depuestos los jesuitas del centro ahora denominado Estudios Nacionales de San Isidro, encontramos que Saturnino Lozano vuelve a vincularse a esta institución mediante su nombramiento como Bibliotecario Mayor, en lugar del anterior Tomás García de Salazar, que ocupaba el puesto de forma provisional⁴². Por estas mismas fechas, concretamente en diciembre de 1836, es nombrado catedrático de Griego de este mismo centro.

Un año antes, en 1835, en un Madrid carente aún de Universidad, un grupo de intelectuales de signo liberal se reúne con intención de fundar el

³⁸ Cf. AHN, Jesuitas, 628.

³⁹ Cf. Aurora Miguel Alonso, *La Biblioteca de los Reales Estudios de San Isidro de Madrid (Su historia hasta su integración en la Universidad Central)*, Madrid, 1996, p. 135.

⁴⁰ UCM Ms. 90, p. 46 vuelta.

⁴¹ Cf. UCM Ms. 82, p. 10 v.

⁴² El nombramiento de Lozano se hace en virtud de los artículos 82 y 83 del Plan de Estudios presentado por el Duque de Rivas y aprobado el 4 de agosto de 1836, decreto que tuvo vida muy breve, pero que en los Estudios se siguió aplicando para mejor funcionamiento (cf. Aurora Miguel Alonso, *op. cit.*, p. 145).

Ateneo, institución que pretendía la noble tarea de formar a la juventud española. A este efecto se abren un serie de cátedras gratuitas, inauguradas el 8 de junio de 1836. A este nuevo proyecto se une también Lozano incorporándose a la enseñanza ateneísta en su cátedra de *Griego*, durante los cursos 1837-1838, 1838-1839 y 1839-1840, de *Perfección de lengua griega* en 1840-1841 y de *Propiedad del idioma griego* en 1842-1843⁴³. También durante esta época ejerció la docencia privada, dedicándose a la enseñanza del griego en el colegio de D. Santiago Masarnau⁴⁴, centro madrileño que ofrecía una enseñanza preparatoria para el estudio «de todas las carreras»⁴⁵.

Al establecerse la Universidad Central en 1845, Lozano se incorpora a ella como Catedrático «de ascenso» de Griego, docencia que impartirá durante años, siendo algunos de sus discípulos más notables Lázaro Bardón (entre los años 1845 y 1848), el que luego sería asimismo catedrático de Griego en la Universidad Central⁴⁶ y Raimundo González de Andrés, catedrático de esta misma asignatura en la Universidad de Granada⁴⁷. Con este último comenzó Lozano un proyecto de diccionario griego-español⁴⁸, en virtud de la Real Orden del 7 de julio de 1859, el cual era la continuación de un antiguo proyecto de 1843 que había comenzado el Padre Bernardo Carrasco, también compañero de Lozano en los años de la Real Academia Grecolatina. Saturnino Lozano muere en 1860, dejando inconcluso el proyectado diccionario y «quinientas treinta y seis papeletas sueltas con voces pertenecientes a la letra «Alfa», seis de ellas duplicadas con otras pegadas a las mismas con oblea precedidas de «un plan para la formación del Diccionario Greco-Hispano»⁴⁹. Si bien todo

⁴³ Cf. Antonio Ruiz Salvador, *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1835-1885)*, Londres, 1971, pp. 62-66.

⁴⁴ D. Santiago Masarnau era asimismo socio del Ateneo madrileño, cf. Antonio Ruiz Salvador, *op. cit.*, p. 45. En el Ateneo coincidió también con otros intelectuales de talante liberal que ya habían sido compañeros suyos en la Academia Grecolatina, como José Muso y Valiente o José M.^a Cambronero.

⁴⁵ Cf. M.^a del Carmen Simón Palmer, *La enseñanza privada secolar en Madrid 1820-1868*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1972, p. 390.

⁴⁶ Cf. Santiago Olives Canals, «D. Lázaro Bardón (1817-1897)», *EC* 8, 1953, p. 12.

⁴⁷ Una semblanza hecha aún en vida de Lozano afirma lo siguiente: «l hizo rápidos adelantos en la lengua griega, cuya cátedra ha desempeñado muchos años en la Universidad de Madrid, siendo discípulos de este benemérito e ilustrado helenista los que después, mediante oposición, han obtenido las de las universidades de Oviedo, Santiago, Salamanca, etc.», Manuel Ovilo y Otero, *op. cit.*, s.u. Lozano.

⁴⁸ Cf. P. Martínez Lasso, *art. cit.*, pp. 821-826.

⁴⁹ Según consta en la carta de la viuda de Lozano al Director General de Instrucción pública del 30 de enero de 1861, en la cual reclamaba una compensación

este material perteneciente al diccionario se perdió, así como sus traducciones de Demóstenes y Esquines⁵⁰, Lozano dejó como obra su *Gramática Griega* de 1849, que fue premiada por la Reina en 1850 y que se utilizó como libro de texto en diversas Universidades españolas. En el momento de su muerte, este helenista liberal, que había comenzado su carrera como oscuro oficial cuarto de la Biblioteca de los Reales Estudios, era comandante de la Milicia Nacional y estaba en posesión de la Cruz de Comendador de Isabel la Católica. Hoy añadimos, para el conocimiento de la figura y obra de Lozano, el texto del discurso en defensa de la lengua griega, rescatado de los fondos de la Biblioteca Nacional.

6. EL DISCURSO GRIEGO Y SU TRADUCCIÓN ESPAÑOLA

Transcribimos textualmente el texto griego, respetando sus erratas (muy frecuentes en acentos y espíritus, incluso en palabras muy comunes) y demás errores, así como la disposición original en líneas, que, para facilitar la cita, numeramos nosotros de cinco en cinco. También transcribimos textualmente la traducción española que acompaña al original, firmada también por D. Saturnino Lozano. Recordamos que en la misma sesión inaugural se leyó un discurso en latín, obra de D. Luis de Mata y Araujo, que aquí no estudiamos, de elogio a la lengua latina, de tono y contenidos semejantes al griego.

«Περὶ τῆς ἑλληνικῆς φωνῆς ἐπαινός

Εἰ μὲν τὸ πάλαι, ὦ ἄνδρες, τὴν ἑλληνικὴν φωνὴν ἐπηνή-
σαν οἵτινες σοφοί, καὶ δεινοὶ γενόμενοι περὶ ταύτην· οἶδε καὶ
μάλιστα ἔργον πεποιήκασι ὅπως ἂν πολῖστοι ταύτην φωνὴν
ἀκριβέστεραν ἔχουσι· τὸ δὲ παραυτίκα μάλιστα πρόσσεστιν, ὡς ἔ-
μοιγε δοκεῖ, ταύτην γλώσσαν ἐπαινεῖν, πάντας καὶ θαρσύνειν 5
καὶ ἐποτρύνειν, ὅπως ἔχοντο αὐτῆς, ἅτε πλοῦτω, καὶ ἀρμονίᾳ

económica por el trabajo realizado por su difunto marido. Cf. P. Martínez Lasso, *art. cit.*, p. 826 y n. 47.

⁵⁰ La noticia la dejó Menéndez Pelayo entre sus notas: «Don Saturnino Lozano tradujo las oraciones de Demóstenes y Esquines *Por la Corona*», cf. *Bibliografía Hispano-Latina Clásica*, Santander, 1950-53, t. X, p. 246 y *Biblioteca de Traductores Españoles*, Santander, 1952-53, t. I, p. 88.

καὶ φιλοσοφία ἀπάσας ὑπεβαλούσης. Αὕτη μὲν βασιλικὴ Ἀκαδημία ὑπο τοῦ μαγαλοπρεποῦς, καὶ κύδιστου Φερδινάνδου βασιλέως καθεσταμένη ἀναξᾶσθαι παρ' ἡμῖν ταύτην πρὸς φωνὴν ἑρώτα, ἢ τὸ πάλαι τοῖς ἡμῶν σοφοῖς τοσοῦτον συνηρήσε· 10
 μέλλει τὸ πρῶτον εἰπεῖν περὶ τὸ ἐκείνης κάλος καὶ περὶ τοὺς τε πλουσίους θησαυροὺς ἐν αὐτῇ ἀποκρυτόμενους. Ὅργάνου μου ὄντος ταύτης Ἀκαδημίας, τοῦτο ἔσται σήμερον τὸ μου λόγου ὑποκείμενον. Ὁφελον μὲν τὰ μου ἔπι εὖπορα εἶναι, ὡς τὰ πολυμήτιος Οὐδυσσεώς, καὶ οὕτω μελιηδῆ, ὡς τὰ τοῦ 15
 γέροντος τῶν Πυλίων βασιλέως. Τότε δ' ἂν ἐδυνήθην λέγειν κατὰ τὴν ἀξίαν περὶ τὸ μοι ὑπὸ ταύτης Ἀκαδημίας προστετάγμενον, καὶ ἀποπληρῶσαι ἃ ὑπέχομεν. Ἄλλα δ' ἐμοῦ ἐλαχίστου ὄντος μεταξὺ τῶν μου σοφῶν ἐταίρων, καὶ μέλλοντος διαλέγεσθαι τῇ Ὀμήρου, καὶ Δημοσθένους φωνῇ, ἀδυνάτως ἔχω (εὐ οἶδ' ὅτι), εἰ μὴ ἢ εὐνοία παρ' ὑμῶν, ὧ ἄνδρες μοι κατὰ τὸ εἰωθὸς ὑπάρχει.

Ἡ ἐλλάς φωνὴ τελειοτάτη ἐστὶ τῶν γνωρίμων· ὅτε μὲν ἢ ὕλη τῶν φθόγγων αὐτῆς ἐπισκέψαιτο· ὅτε δ' ἢ τῶν ρημάτων σύνθεσις· πότε μὲν ὁ αὐτῆς πλοῦτος, πότε δ' ἢ αὐτῆς ἐνεργεία. 25
 Οἱ μὲν ἐλλήνες τὴν ἀκοὴν ἀβρὰν, καὶ κατησκημμένην ἔχοντες, οὐκ ἐδύναντο ἀνέχεσθαι τοὺς λόγους τραχεῖς, καὶ σκληροῦς· καὶ πάσαι δ' αὐτῶν σπουδὴν κατέθεντο, ἵνα τὰ τε ῥήματα ἦν ἀρμόνικα.

Δυοῖν μὲν τέρπεται ἢ ἀκοή, καθά φησι Κικέρο, φθόγγω, 30
 καὶ ρυθμῷ· καὶ ταῦτα δὲ τῇ ἐλληνικῇ φωνῇ πρόσεσι. Τῇ συνθέσει τῶν λεξέων ἐπτά φωνήσι κεχρῆνται οἱ ἐλλήνες, ἀτίνα, εἰ καὶ μὴ πάντα ὁμοίως καλλιφθογγα ὄντα, ἀλλὰ τῇ μίξει αὐτῶν δεξιῶς γίγνεται πολυμορφία κεχαριτωμένη.

Ἡ μὲν πρόφορα εἰρμὸς τις ἔστι τῶν κινήσεων, ἃς ἀπεργάζεται τὰ τῆς φωνῆς ὄργανα· καὶ ἀπὸ τῆς διαπόνου, ἢ ράδιας τῶν ὀργάνων διαβασέως πρὸς ἀλλήλων, τὴν σκληροτήτος, ἢ γλυκυτήτος αἰσθήσιν λαμβάνει ἢ ἀκοή. Πρὸς τὴν γλυκυτήτα ἀπεργάζασθαι χρῆ σκοπεύειν αἰτινες εἰσι διαρθώσεις συμπαθεῖς, καὶ ἀντιπαθεῖς τοῖς ὀνόμασι, εἰς τὸ φεύγειν ἢ ζητεῖν τὴν αὐτῶν πρὸς ἀλλήλων ἀπαντήσιν ἐν τῇ φθογγῶν διαβάσει. 40
 Περὶ ταύτην μοῖραν τῆς ἀρμονίας ὑπερεσπευδάκασι οἱ ἐλλήνες μετέβαλλον τὰ συμφωνὰ πρὸς ἀλληλά, οὐ μὲν ἀορίστως, ἀλλὰ δὲ πρὸς τὰ εργαζόμενα ὑπὸ αὐτοῦ ὄργανου· ἵνα τ' ὄργανα, ἃ ἐπράκτον, ἦν πλησιαίτερα, καὶ εὐκινήτερα. Τοιγαροῦν 45

μεγίστη εὐκινήσις γίνεταί τῶν ρημάτων ἑλληνικῶν ἢ προφορὰ, καὶ ἡ ἀκοή, μὴ αισθανομένη τῶν πειρῶν τοῦ λέγοντος τελείως ἐπιτέρπεται.

Τῷ μὲν καὶ εὐχεῖ τῶν ρημάτων περὶ τῶν συστολῶν συνευβουλήσαντο οἱ Ἕλληνες. Οὗτοι μὲν γὰρ πρὸς τὴν τοῦ λόγου ταχυτῆτα συνεδύασαν τὴν ἠδοονήν τῆς ἀκοῆς· καὶ τοῦτου ἔτυχον, ὅτε μὲν τὰ δύσφωνα φωνήεντα ἀφέλοντες· ὅτε δ' εἰσαγάγοντες τ' εὐφωνέτερα, καὶ γλυκίῳ, καὶ ἀρμονικότερα. Ἔτι δὲ καὶ κόσμου, καὶ στρογγυλοτήτος χάριν τίνας συλλαβάς περιττὰς παρέλαβον. 50 55

Εἰ δὲ μὲν περὶ τὴν τῶν ἤχων ἀρμονίαν τουσουτον ὑπερεσπουδάκασι οἱ Ἕλληνες, οὐκ ἐλλάττω δὲ περὶ τοῦ ρύθμου τῶν ρημάτων. Διὰ τοῦτ' ἐποίησαν τὸ μὲν τεσσαρων φωνηέντων μέτρον πεπήγοτας ἔχειν τοὺς χρόνους μακρόν τε καὶ βραχὺ, καὶ τὸ δ' ἄλλων τριῶν ἔχειν τὸ κοῖνον καλούμενον ὥστε τὸν λεξόμενον δύνασθαι τὸ μέτρον ἐλέσθαι βάρυ τε, ἢ κοῦφον, βράδυ δ' ἢ τάχυ, ὃ ἡ ὅλη ὑπόθεσις ἀπαιτήσεται. 60

Τὸ τῆς προσωδίας ταύτης· φωνῆς συστήμα ἐπιχειρήμα ἐστὶ μείζον ποιῆ τῇ ἀρμονίᾳ προεβήσαν οἱ Ἕλληνες. Οὗτοι μὲν γὰρ τὸν τόνον συνδυάζοντες πρὸς τὸ πόσον (τὸ ἐστὶ ἡμῖν πάνυ ἄδηλον), πεποιήκασι τὴν αὐτῶν φωνὴν παντελῶς μουσειάν. Οἱ μὲν στίχοι ἦσαν ἡ Ἀπολλωνος γλωσσα ἢ δὲ τῶν Χαρίτων τὸ πέζον. 65

Καὶ τις μὲν ἄρα ταύτην φωνὴν προὔχει τῇ τῶν ρημάτων συνθεσεί; Ἐν τίνι δ' ἔκλαμπει τῆς φυσέως ἀμετάβολα, καὶ καθόλικα στοιχεῖα τῷ δείκνυται τὰ ἐννοήματα; Τί δ' ἄρα ρημα τοῦ ἑλληνικοῦ πλουσιότερον; Τί τοσαύτας ἔχει μορφὰς τῷ φανερῶσαι τῶν μέγαν ἀριθμὸν τῶν ιδέων παρέργων τῇ κύριᾳ; Τίςγε φωνὴ εὐπορέτερα ἔστι τῷ δεικνύναι ὀλίγοις ὀνόμασι τὰς ἰδέας συμπλεκέστερας; Τίς τοῦ ὕψους, εἰ μὴ ἑλληνικῆ; Τὸ μὲν ὕψος ἔξεον τῶν μεγάλων ἐννοημάτων συντομῶς λεγομένων· τοῦτο δ' ἔστιν ἴδιον τῆς φωνῆς ἑλληνικῆς. Τοιγαροῦν τὰ πολλὰ ἐπίθετα, οἷς χρᾶται Ὅμηρος δυσερμενεύτα, μᾶλλον δ' ἀνερμευτ' ἔστι· τὸ γὰρ κάλος τῶν ιδέων συμπλεκῶν ἐνὶ ὀνόματι κεκλεισμένων, πάνυ ἀπόλλυται πολλοῖς μεταγραφαμένων. Πόθι οὖν ἔσται ἡ χάρις τούτων ἐπιθέτων «κορυθαίολος, δυσαριστοτόκεια» καὶ τῶν ἄλλων μυρίων, ἐν ῥήμασι πολλοῖς διερμενεύονται. 70 75 80

Τὸ μεγαλύτεχνον τῆς συνθεσέως τῶν ῥημάτων ἐλ-

ληνικῶν τοσοῦτ' ἔστ' ὅτι μιᾶς ἀπὸ ρίζας πλάττονται μυρία ὀνόματα, καὶ ἀπὸ τῆς συζευξέως δυοῖν ἢ τριῶν γίνονται ἀτίνα ὀρισμοὶ τελεῖοι ἔστι. Διὰ τοῦτο ὡς οἱ μὲν νέοι προέκοψαν ταῖς φυσικαῖς ἐπιστήμαις ἠναγκάσθησαν δὲ ζητεῖν τῇ ἑλληνικῇ φωνῇ τ' ὀνόματα ἐκφαίνοντα τὰ νέα αὐτῶν ἐννοήματα. Ἡ μὲν ὀνοματογραφία τῆς βοτανικῆς, ἡ δὲ τῆς ἀνατομικῆς, ἡ δὲ τῆς ζωολογικῆς, καὶ ἡ τῶν ἄλλων φυσικῶν ἐπιστήμων ἑλληνικὴ ἔστι παντελῶς.

Ἄλλα μὲν τοῦτο οὐκ ἔστι μόνος τῶν θεσσαυρῶν τῇ φωνῇ ἑλληνικῇ κεκλεισμένων. Τὸ δὲ φιλοσοφίας ἔργον εἰ μὲν ἀπὸ ἑλλήνων οὐκ ἦρξατο, γεγένεσθαι δὲ παρὰ μὲν Πέρσαις τοὺς μάγους· παρὰ δὲ βαβυλωνίοις ἢ Ἀσσυριοῖς τοὺς Χαλδαίους, καὶ γυμνοσοφιστοῖς, παρ' Ἰνδοῖς, καθὰ φήσιν Ἀριστοτέλης· ἀλλ' οἱ δ' ἑλλήνες εἰς τὴν πατρίδα αὐτῶν εἰσένεγκαν, καὶ τὴν φιλοσοφίαν πρῶτος ὠνόμασε Πυθαγόρας, καὶ ἑαυτὸν ἐπὶ μετριοτήτι φιλόσοφον· καὶ περὶ αὐτὴν τοσοῦτο κατεγέροντο οἱ ἑλλήνες, ὥστε τοὺς ἀβροὺς καρποὺς διήξαι εἰς ἡμᾶς. Διὰ τοὺς ἑλλήνας ἐπιστάμεθα τὰς τῶν παλαιῶν δόξας· περὶ τοῦ θεοῦ, περὶ τῆς γενεσέως τοῦ κοσμοῦ, περὶ τῆς φύσεως τῶν ἄστρον, καὶ ἀνθρώπων, καὶ περὶ τῆς ἠθικῆς. Ἐν τοῖς ἑλληνικοῖς γραμμασι εὐρίσκονται πόλλαι γνώσεις, ὧν εὐρῆμα οἱ νέοι ἑαυτοῖς ἀνέθεντο· τὰ δὲ στοιχεῖα τῆς νομικῆς, ἡ δὲ καὶ γενεσις τῶν χρησέων καὶ τῶν ἠθῶν, ὧν πόλλιστα διήξαν εἰς ἡμᾶς.

Ἄλλὰ καὶ (τὸ ἡμῖν χριστιανοῖς κυριότατον ἔστι) τοῖς ἑλληνικοῖς γράμμασι ἡ καινὴ διαθεκὴ ἔστι γεγραμμένη, πάσα διδαχὴ, ἣν ἡμῖν ἔλιπε ὁ Υἱὸς Θεοῦ. Χωρὶς τῆς γνωσέως τῆς ἑλληνικῆς φωνῆς παμπόλλοι μὲν λόγοι τῶν ἀγίων βιβλίων διάκεινται ἀσαφεῖς· οὐδ' ἀποφαίνονται αἱ ἄβραι ἰδεαὶ κατακεκλεισμεναὶ ἐν τοῖς λόγοις ἑλληνικοῖς· καὶ ἡ ἔμφασις παντελῶς ἀφανίζεται. Ὁ ἔρμενεὺς γὰρ ρωμαῖκος μεθερμενεύων κατὰ τὴν λεξὶν μετεγράψατο τὰς φρασεῖς, καὶ τὰς παροιμίας ἑλληνικὰς ἐμφιέσμενας ρήματα ρωμαῖκα.

Τέλος δ' ἀνέβλυξε ἐκ τῶν γραπτῶν ἑλληνικῶν ἡ κρήμη, ἡ αἰδῖος τῆς παιδείας. Τὸ ὕψος τῶν ἐννοημάτων, ὁ πλοῦτος τῶν ρημάτων, ἡ κυριολεξία, καὶ ἡ τῶν φθόγγων ἀρμονία, ταῦτ' ἔστι, τὸ δ' ἄληθες, τῶν γραπτῶν ἑλληνικῶν τ' ἀγαθὰ. Ἀναπτυσάσθω μὲν Ὀμήρος, καὶ ὥστ' ἐρήμου δι' οὐρανοῦ τὴν καθ' ἡμέραν, οὐ φαίνεται καλλίον ἀστρὸν τοῦ Ἡλίου λαμπετῶντος, τοιοῦτος ὁ αἰιδὸς τοῦ Ἀχιλεὸς. Ἀναπτυσάσ-

θω δὲ Δημοσθένης, καὶ ὥστε ποταμὸς χειμαρρῶος ἀπὸ τῆς
 κορυφῆς τοῦ ὄρους καταβαίνων, πάντ' ὤκα ἐσκέδασε τὸν δ' 125
 οὐτ' ἄρα τε ἰσχάνωσιν αἱ γεφύραι, οὐτ' ἄρ' ἔρηκη, τοιοῦτος ἔστιν
 ὁ νικήτης Αἰσχίνου. Ἀναπτυσάσθω τε Πίνδαρος, καὶ ὥστ'
 ἄετος ὑπερήφανος ἐκπτερύσσεται ἐπὶ τῷ ἄερι, καὶ κρύπτε-
 ται ἀπὸ τῶν ὀφθαλμῶν, τῶν ὄξυδερκεστάτων, τοιοῦτος ὁ ἄσι-
 δος τῶν ὀλυμπιάδων. Ἀναπτυσάσθω δὲ Ξενόφων, καὶ ὥστ' 130
 ὕδωρ διαφανές, τὸ διὰ τὸν λειμῶνα διολισθαίνει, τοιοῦτος
 μεταξύ τῶν συγγραφέων ὁ τῆς Κυροῦ ἀναβασέως. Ἀνα-
 πτυξάσθωσαν Θουκιδίδης, Πλάτων, Σοφοκλῆς, Εὐριπίδης,
 Ἀριστόφανης, Θεόκριτος, Καλλίμαχος, Ἀνακρέων, Σαπφῶ, καὶ 135
 ὥστε πίτυς βλωθρὰ ἐν ὕλῃ πυκινῇ ὑπεραίρεται πάντων τῶν
 δενδρῶν, τοιοῦτοι ἐκεῖνοι μεταξύ τῶν νεῶν γραπτῆρων.
 Τίς τ' ἄρ' ἐπιθυμῶν τὴν βεβαίαν παιδείαν οὐκ σπου-
 δάσει περὶ ταύτην φωνὴν οὕτω πλούσιαν, ἀρμονικὴν καὶ φι-
 λοσοφικὴν τυγχανούσαν, τόσους καὶ ὑπερμεγεθεῖς θησαυ-
 ροὺς ἐκκλείουσαν; Τίς δε φιλόλογος ὀνομασθήσεται, ὅς μὴ 140
 διατρίβει περὶ τὰ συγγράμματα ἑλληνικὰ νυκτὰ καὶ καθ' ἡμέραν;
 Ἄσκειτε, ὦ Ἰβηροί, αὐτὴ βασιλικὴ Ἀκαδημία ὑμῖν λέγει,
 ταύτην τὴν φωνὴν, εἰ ἀληθῶς ἐπιθυμεῖτε ἐπισταμένους
 εἶναι ἀνδράς. Ὡ θεόλογοι, τὸ εὐαγγέλιον ἑλληνιστὶ ἔσ-
 τι γεγράμμενον ἑλληνιστὶ γεγραφήκασιν οἱ μαθηταὶ τῶν 145
 ἀποστόλων, πρῶτοι δακτύλιοι τῆς σειρᾶς τῆς παραδοσέως. Ὡ
 φιλόσοφοι συγγράμμασι ἑλληνικοῖς ἐπικεῖνται τὰ στοιχεῖα τῆς
 φιλοσοφίας. Τὰ συστήματα τοῦ Δήσκαρτες, τοῦ Μαλήβραν-
 κε, τοῦ Λεῖβνιθ, τοῦ Νεεδαν, τοῦ Βηρκελεὶ ἐπικεῖνται ταῖς δο-
 ξαῖς Ἀναξαγόρου, Πυθαγόρου, Πλάττωνος, Λευκίππου, Δημοκρίτου, 150
 Ἐπικούρου, καὶ Πρωταγόρου. Ὡ ἰατροὶ ὁ θεῖος Ἴπποκράτης
 ἑλλήν ἐστι, ὁμοίως Ἀρεταῖος, ὁ τῆς Καππαδοκίας ἡ ὀνοματογρα-
 φία τῆς ἰατρικῆς, καὶ τῶν ἄλλων ἐπιστήμων αὐτῆς συμμάχων
 ἑλληνικὴ οὐσα τυγχάνει. Ὡ ρητόρες, ἐκ τῶν συγγραμμάτων
 ἑλληνικῶν ἐκμαθήσετε πῶς χρῆ ἀμυνάσθαι περὶ τῶν μεγάλων 155
 πραγμάτων ὑμῖν παρατιδομένων, καὶ περὶ τῆς ἀκακίας βια-
 ζομηνης. Ὡ ποιῆται τὰ τελεία ἀρχετύπα τῆς ποιησέως ἐπι-
 κεῖνται τοῖς συγγράμμασι τῶν ἑλλήνων. Ἡ καλλιστὴ φύσις εἰς
 ἀπαξ ἤρατο τὸ καλύμμα, ἵνα αὐτὴν ἀποτυπῶσιν οἱ ἑλληνες.

«Señores

Si en el elogio de la lengua griega se ha ejercitado el talento de cuantos sabios la han conocido; si estos mismos se han esforzado en entender su estudio; hoy es, en mi opinión, el día mas á proposito para hacer renovar sus alabanzas, y para animar á todos, a que cultiven una lengua que es entre todas la mas filosofica, rica y armoniosa. Creada esta real Academia por la munificencia de nro. augusto soberano el Sr. Dn. Fernando 7.^o para hacer revivir entre nosotros el gusto de una lengua, que en otro tiempo fue las delicias de nuestros sabios, sus primeras palabras deben dirigirse á la manifestación de las bellezas que tiene este idioma y de los ricos tesoros que encierra. Organo yo de los sentimientos de esta real Academia esto será hoy el objeto de mi discurso. ¡Ojala que mis palabras fuesen tan copiosas como las de prudentísimo Ulyses, y tan dulces, como las que fluian de los labios del anciano rey de los Pilios! Entonces podria tratar dignamente el grande objeto que me ha confiado esta real Academia, y llenar completamente vuestras esperanzas. Empero siendo yo el menor entre todos mis sabios compañeros, y teniendo que hablar en publico en el idioma de Homero y de Demostenes, conozco que me faltan las fuerzas, si vosotros, Señores, no las sosteneis, prestandome vuestra acostumbrada benevolencia.

La lengua griega es una de las mas perfectas que se conocen, ora se atiende á lo material de sus sonidos; ora á la estructura de sus palabras; ya á su riqueza, ya á su energia. Dotados los griegos de un oido fino y cultivado, no podian sufrir ningun sonido aspero, ni duro, y emplearon todo su estudio en que sus palabras fuesen sobremanera armoniosas.

Dos cosas son, dice Cicerón, las que deleitan el oido, el sonido y la cadencia; y en estas dos sobresalieron los griegos. En la formación de sus palabras emplearon los griegos siete vocales, las cuales, aunque no tienen un sonido igualmente lleno y brillante, empero, constituidas con maestría, producen una variedad la mas agradable.

La pronunciación es una serie de movimientos egecutados por los organos de la locucion, y del paso penoso, ó facil del uno al otro depende la sensación de dureza ó de dulzura que afecta al oido. Para producir esta es preciso examinar con cuidado cuales son las articulaciones simpaticas y antipaticas en las palabras, á fin de evitar ó buscar su encuentro en el paso de un sonido á otro. Los griegos entendieron con el mayor cuidado á este punto de la harmonia: cambiaron las consonantes unas en otras no indistintamente, sino en las que se producian por un mismo organo; para que los que se ponian en accion estuviesen mas inmediatos y su juego se hiciese con la mayor facilidad. Asi pues las palabras griegas se pronuncian con soltura, y el oido no sintiendo esfuerzos en el que habla, queda enteramente satisfecho y complacido.

La sonoridad de las palabras fue también consultada por los griegos en la formación de sus contracciones combinaron la rapidez del discurso con el deleite del oído y llenaron este objeto, ya haciendo desaparecer las vocales menos sonoras; ya introduciendo otras de sonido más dulce, lleno y armonioso. Aun más, introdujeron sílabas que nada significaban, solo para dar gracia y rotundidad al discurso.

Si tanto cuidado tuvieron los griegos en la sonoridad de sus palabras, no la tuvieron menos en su cadencia. Al efecto fijaron la cantidad de cuatro de sus vocales, haciendo dos largas y dos breves, y dejaron común la de las otras tres, para que el que hablase pudiese dar á sus palabras la cadencia grave ó ligera, lenta ó rápida que el asunto requiriese.

El sistema de su acentuación es la prueba más concluyente del grado á que llevaron los griegos la armonía. Combinando el acento con la cantidad, combinación que nos es enteramente desconocida, hicieron su lengua completamente musical. Sus versos eran la lengua de Apolo, su prosa la de las Gracias.

¿Y que lengua aventaja a la griega en la composición y estructura de sus palabras? ¿En cual brillan más los principios inmutables y generales de la palabra en la expresión del pensamiento? ¿Que verbo más rico que el griego? ¿Cual presenta en sus terminaciones mayor número de ideas accesorias á la radical? ¿Que lengua tiene mayor facilidad para expresar con pocas palabras las ideas más complejas? ¿Que lengua, sino la griega, es la de la sublimidad? Esta la producen los grandes pensamientos, expresados con concisión; y esta concisión es propia de la lengua griega. De aquí nace la dificultad ó más bien la imposibilidad de traducir los epítetos de que usa Homero; porque toda la belleza de un grupo de ideas, enunciado en una sola palabra, desaparece cuando se emplean muchas en su expresión. Y si no, ¿como se traducirá el «Koruzaiolos», el «Dusaristotokeia», y otros infinitos, sin que se pierda toda su gracia?

La composición de las palabras griegas es tan artificiosa que de una raíz se forman infinitas palabras, y de la unión de dos o tres resulta una que es una definición completa. Por eso conforme los modernos han ido adelantando en las ciencias naturales, se han visto precisados á buscar en la lengua griega los nombres que representasen sus nuevas ideas. El lenguaje de la botánica, el de la anatomía y el de todas las ciencias naturales es enteramente griego.

Pero no es este el único tesoro que encierra esta lengua. La filosofía, si bien no nació en la Grecia, y si, como dice Aristoteles, hubo magos entre los persas, caldeos entre los babilonios y asirios, y entre los indios gymnosofistas; sin embargo los griegos la llevaron á su país: Pitagoras la llamó filosofía, y él por modestia á sí propio filósofo: y los griegos la cultivaron con tal esmero que

sus opimos frutos han llegado hasta nuestros días. Por los griegos sabemos las ideas que se formó la Antigüedad de la divinidad de la formación del mundo, de la naturaleza de los astros, y de la de los hombres. En los libros griegos están los principios de la legislación y el origen de usos y costumbres, muchos de los cuales han llegado hasta nuestros días.

Además en griego se halla (lo que es más precioso para nosotros los cristianos) el nuevo Testamento, el cuerpo de doctrina que nos dejó el Hijo de Dios. Sin el conocimiento de griego quedan oscuros muchos pasajes del sagrado texto; en otros no están patentes las ideas delicadas que encierran las palabras griegas: y en otros desaparece enteramente su énfasis. El traductor latino, trasladando palabra por palabra las del sagrado texto, dejó las frases y los adagios griegos, vistiéndolos de palabras latinas.

Ultimamente de los autores griegos mana la fuente perenne de la literatura. Sublimidad en los pensamientos, riqueza en las palabras, propiedad y pureza en las voces, armonía en los sonidos, tales son las dotes de los autores griegos. Abrase á Homero, y como en el desierto cielo durante el día, no aparece otro astro más hermoso que el sol brillante, tal se presenta el cantor de Aquiles. Abrase a Demostenes y como en el invierno el rápido torrente que, descendiendo de la cumbre de los montes, todo lo destruye en un momento, sin que le contengan los puentes, ni los más fuertes diques, tal es el vencedor de Esquines. Abrase á Píndaro, y como el águila altanera se cierne en los aires y se oculta á la vista más perspicaz, tal es el cantor de las victorias olímpicas. Abrase á Jenofonte, y como las limpias aguas de un arroyo que se desliza por un prado, tal es entre todos los historiadores el de la expedición de Ciro. Abrase á Tucídides, Sofocles, Eurípides, Platon, Aristofanes, Teócrito, Anacreonte, Calímaco y Safo, y como en la selva espesa el alto pino se eleva entre los demás árboles, así aquellos entre todos los modernos.

¿Quién deseando una sólida instrucción no se dedicará ya al estudio de una lengua tan rica, tan filosófica, tan armoniosa, y que encierra tantos y tan grandes tesoros? ¿Que literato no se ocupará noche y día en manejar los autores griegos?

Cultivad, Españoles, esta lengua, os dice esta real Academia, cultivadla, si quereis saber con fundamento. Teólogos, el evangelio se escribió en griego; en griego escribieron los discípulos de los apóstoles, primeros eslabones de la cadena de la tradición. Filósofos, los elementos de la filosofía se hallan en las obras de los griegos: los sistemas de Descartes, Malebranche, Leibnitz, Needham, Berkeley se hallan fundados en las opiniones de Anaxágoras, Pitágoras, Platon Leucipo, Demócrito, Epicuro y Protagoras. Médicos, el divino Hipócrates, Arecteo de Capadocia fueron griegos; griego es todo el len-

guge de la medicina y el de las ciencias, sus auxiliares. Abogados, en las obras de Demostenes y de los demas oradores griegos aprendereis el modo de defender los grandes intereses que se os cometan y la inocencia oprimida. Poetas, los modelos mas acabados de la poesia estan en la obra de los griegos. La bellisima naturaleza tan solo una vez se alzó el velo, y esta fue para que la copiaran los griegos.

Dije
Madrid 27 de Noviembre de 1831
Saturnino Lozano.»

7. COMENTARIO RETÓRICO-ESTILÍSTICO DEL DISCURSO

El discurso se enmarca dentro del tipo epidíctico (γένος ἐπιδεικτικόν) en la modalidad de «elogio» (ἔπαινος), con sus partes típicas.

El *proemio* contiene la presentación de la Academia (lín. 7 ss.), del propio orador y de la tarea encomendada (πρόθεσις), situada esta última (lín. 4 ss. y 11 ss.) justo antes y después de la presentación de la Academia. Termina el proemio con la típica «captatio benevolentiae», apelando a la εὐνοία (lín. 21) del auditorio para que disculpe la impericia y humilde posición del orador dentro de la Academia (lín. 18-9: ἐμοῦ ἐλαχίστου ὄντος μεταξὺ τῶν μου σοφῶν ἐταίρων)⁵¹. Esta última parte del proemio contiene un ἀδύνατον o deseo imposible (lín. 14: "Ὀφελον...), el del orador por emular las cualidades retóricas de un Ulises o un Néstor y componer así un elogio a la altura de la Academia.

Ya de entrada se presenta, pues, la épica griega como una de las principales fuentes literarias del discurso, tanto en personajes como en el léxico utilizado (πολυμήτιος, μελιηδῆ). Junto a Homero también se menciona al final del proemio a otro autor griego, esta vez de prosa, Demóstenes, como si con ambos nombres, uno representativo de la poesía y otro de prosa, se quisiera abarcar, en expresión polar, la totalidad de la literatura griega. Precisamente leemos también en este orador, y principalmente en el discurso *Sobre la corona*⁵², la formulación de la idea de que es la benevolencia (εὐνοία) del audito-

⁵¹ Recordemos que Lozano, en el momento de instauración de la Academia, era miembro supernumerario y que dos años después pasó a ser numerario.

⁵² Cf. F. Hernández Muñoz, «EYNOIA como elemento estructural del discurso Sobre la corona», *Minerva* 3, 1989, 173 ss.

rio la que en realidad sostiene la fuerza (δύναμις) del orador (cf. 18, 277), como de manera semejante encontramos en nuestro discurso (lín. 20 ss.): ἀδυνάτως ἔχω (εὖ οἶδ' ὅτι), εἰ μὴ εὐνοία παρ' ὑμῶν, ὧ ἄνδρες, μοι κατὰ τὸ εἰωθὸς ὑπάρχει.

Concluye así el proemio de nuestro discurso, que parece haber sido especialmente trabajado por su autor, aunque junto a paralelismos retóricos (μὲν τὸ πάλαι ... τὸ δὲ παραυτικά), incrementos silábicos (θαρσύνειν καὶ ἐποτρύνειν), orden de palabras «rebus in arduis» (ταύτην πρὸς φωνήν), se desliza alguna que otra errata (ἐπαινός, ὑπεβαλοῦσης), muy frecuentes en todo el discurso, acaso no imputables al autor del mismo, D. Saturnino Lozano, sino al Secretario o un anónimo transcriptor.

La parte central la constituye propiamente el «elogio» (ἔπαινος), como reza el título del discurso, de la lengua griega, que se hará siempre bajo el esquema bipartito de «exposición»-«prueba» (διήγησι-πίστις), primero desde un punto de vista general y luego desde el particular. Así pues, se afirma (lín. 23 ss.) que la lengua griega es la más perfecta que se conoce, y a continuación se probará esa afirmación según los diferentes niveles de la lengua, incluido el fono-estilístico.

Por tanto, el primer ἔπαινος particular incluye el elogio del griego en su aspecto fonético (lín. 26 ss.) con cabida también del ritmo (lín. 56 ss.), y de la armonía y acentuación (lín. 63 ss.), tanto en el nivel vocálico (lín. 32 ss.) como en el consonántico (lín. 43 ss.). Es ahora (lín. 30) cuando se menciona al primer autor latino, Cicerón, y cuando se despliega, a veces en fórmulas copulativas, una terminología más técnica (καλλιφθογγα, πολυμορφία, εἰρμός, διαρθώσεις συμπαθεῖς καὶ ἀντιπαθεῖς, πλησιαίτερα καὶ εὐκίνητερα, συνεδύασαν, δύσφωνα, εὐφωνέτερα, συμπλεκέστερας, σύστημα, συντομῶς, δυσερμενεύτα, ἀνερμε(νε)ύτα, μεγαλότεχνον), incluso escasamente documentada en griego, como στρογγυλότης, σύζευξις u ὀνοματογραφία, aunque la argumentación lingüística no parezca demasiado rigurosa.

El segundo elogio particular de la lengua griega (lín. 69 ss.) comprende el aspecto morfológico. El tercero toca ya el aspecto semántico (lín. 74 ss.), con atención especial a su riqueza en derivados y compuestos que la convierte en una lengua fuertemente braquilógica y de difícil traducción. La imposibilidad de una traducción completamente fidedigna se ilustra de nuevo trayendo a colación a Homero y dos epítetos típicamente suyos (lín. 82): κορυθαίολος (epíteto de Héctor en *Il.* 2.324) y δυσσαριστοτόκεια (hápx homérico en 18.54, donde Tetis se lo aplica a sí misma, que motivará la posterior glosa de Hesiquio). El apartado concluye con una reflexión de actualidad: la deuda que todo el lenguaje científico y especialmente el de la botánica y la medicina tienen con el vocabulario griego.

En la lín. 93 comienza un tercer elogio particular de la lengua griega, esta vez de su literatura, procediendo por géneros y autores: primero, la Filosofía (lín. 94), apartado en el que se nombran a Aristóteles y Pitágoras. La mención de la Filosofía da ocasión al autor para hablar también de la religión: el silencio que dedica a la mitología contrasta con el énfasis que pone en el conocimiento del griego para una mejor comprensión del Nuevo Testamento (lín. 110 ss.).

Tras esta reflexión, podemos leer una recapitulación (*ἀνακεφαλαίωσις*) de los principales argumentos hasta ahora esgrimidos en el elogio de la lengua griega, pero en orden inverso al de su exposición a lo largo del discurso (lín. 117): «Ultimamente de los autores griegos mana la fuente perenne de la literatura. Sublimidad en los pensamientos, riqueza en las palabras, propiedad y pureza en las voces, harmonia en los sonidos, tales son las dotes de los autores griegos».

Llegamos entonces al momento culminante del discurso, cuando más se eleva su altura literaria. El autor encadena, sirviéndose en anáfora del imperativo *ἀναπτύξασθω* («ábrase»), hasta cuatro símiles extraídos del mundo natural para aludir a otros tantos autores griegos que constituyen la excelencia de un género literario: Homero (poesía épica: lín. 121), comparado con el sol; Demóstenes (oratoria: lín. 124), con el torrente invernal; Píndaro (poesía lírica: lín. 127), con el águila, y Jenofonte (historia: lín. 130), con el sol. El paralelismo en la mención de los géneros literarios (poesía-prosa-poesía-prosa) se corresponde con el simbolismo físico de los símiles: aire-agua-aire-agua.

Como estos cuatro autores sólo abarcan algunos géneros, la laguna se intenta completar en las líneas siguientes (132 ss.) con la mención, en nuevo símil precedido también por el imperativo «ábrase», de otros autores, que podemos suponer serían los más apreciados por la Academia: Tucídides, Platón, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Teócrito, Calímaco, Anacreonte y Safo. Así como en esta última mención se mezclan autores procedentes de prosa y poesía, así también el símil escogido, el del pino que sobresale entre los demás árboles, de alguna manera mezcla también los diferentes elementos físicos, pues el árbol nace en la tierra, se nutre de agua y crece hacia el cielo.

Tal vez extrañe un tanto, para la moralidad de la época y de la propia Academia, la mención en último lugar de la gran poetisa de Lesbos, pero hay que recordar que una traducción al español de Safo, Anacreonte y Tirteo, obra de D. José Castillo y Ayensa, vio la luz en Madrid por aquellas fechas, con el visto bueno de la propia Academia⁵³.

⁵³ Recordemos que la obra se imprime en la Imprenta Real en 1832. Antes de su publicación, recibió censura positiva de la Academia en marzo de 1832. El censor fue Alejandro Albizú, precisamente uno de los helenistas mencionados en tono de

La altura literaria de todo el pasaje se advierte no sólo en la procedencia de los símiles, sino también en otros ecos textuales homéricos, concretamente del canto XIII de la *Iliada*, como ποταμὸς χειμάρροος (lín. 124: cf. *Il.* 13.138, referido a Héctor) o πίτυς βλωθρά (lín. 135: cf. *Il.* 13.390, referido al guerrero Asio, abatido por Idomeneo), y en el carácter inusitado de algunos términos utilizados, como μεθερμενεύων (lín. 114), γραπτῆρ (en vez de γραφεύς) (lín. 117) o el «hárax» hipocrático ἐκπερούσσειται (nueva errata por ἐκπερούσσειται, probablemente por influencia de Luciano, *Musc. Enc.* 1.12), que denotan cierto afán por emplear términos rebuscados y —suponemos— poco accesibles a los oyentes del discurso.

La tendencia en el empleo de estos símiles es aplicarlos a los autores que los han utilizado, aunque con una cierta modificación de su sentido, cambiando las connotaciones negativas iniciales en positivas. Es el caso del símil del «águila» (ἀετός), que, aunque documentado previamente en Homero, como en *Il.* 22.108 (donde Héctor se compara al águila que se precipita desde el cielo), es, sin embargo, el poeta Píndaro quien hace un uso más profuso de él en una decena de pasajes, especialmente en *N.* 3.80 ss., en que el águila-poeta sobresale sobre los cuervos-rivales «que habitan las bajas dehesas». O del «torrente invernal» (ποταμὸς χειμάρροος): también Homero lo utiliza para referirse a Áyax (*Il.* 11.493), Héctor (13.138), los guerreros de ambos bandos (4.452) o un Diomedes incapaz de ser contenido por diques ni terraplenes (5.88), pero es de nuevo el autor al que va referido en nuestro discurso, Demóstenes, el que lo utiliza en *Sobre la Corona*, 153, pero para aludir no a algo positivo, como el estilo demosténico, sino a la fuerza avasalladora de Filipo⁵⁴. Para el caso del «sob» (ἦλιος), aunque en nuestro discurso se refiere a Homero, el pasaje más conocido es el pindárico de *O.* 1.5 ss., que, sin duda, por los ecos textuales, ha servido de base al nuestro: «no busques de día por el desierto cielo un astro brillante más ardiente que el sob». En cuanto al «arro-

elogio por el autor del discurso, Saturnino Lozano, en el prólogo de su Gramática griega, publicada años más tarde. Cf. Hualde Pascual, *art. cit.*, pp. 154 y ss. Anteriormente a la traducción de Castillo y Ayensa, sólo conocemos de la publicación de otra, firmadas por D. Joseph y D. Bernabé Canga Argüelles en Madrid, 1797.

⁵⁴ Sobre la evolución del símil en el orador, cf. C. Wooten, «La funzione delle metafore e delle similitudini nelle orazioni di Demostene», *QUCC* 1978, p. 125: «Nelle orazioni precedenti lo scopo di queste immagini era di mettere in testa al suo uditorio l'idea che Filippo era una forza che potavano vincere; nel discorso *De corona* l'idea che nessuno, né uomo né stato, avrebbe potuto resistergli.» A Horacio (*O.* IV, 2, v.5) el símil del río le sirve precisamente para aludir a la imposibilidad de imitar el estilo de un Píndaro «monte decurrens velut amnis».

yo que se desliza por un prado», el verbo *διολισθάνω* no se documenta en Jenofonte, pero la asociación de agua tranquila y prado nos trae más bien ecos de Safo, fr. 2, Voigt: «Aquí susurra el agua fría entre los manzanos... y un prado... florece».

La parte final del discurso o *ἐπίλογος* comienza (lín. 137 ss.) con una nueva recapitulación, esta vez por medio de unas preguntas retóricas en las que se adivina el eco de la recomendación horaciana (*Ar.* 269) «vos exemplaria Graeca nocturna versate manu, versate diurna»: «Quien deseando una solida instrucción no se dedicará yá al estudio de una lengua tan rica, tan filosófica, tan harmoniosa y que cierra tantos y tan grandes tesoros? ¿Que literato no se ocupará noche y día en manejar los autores griegos?».

Tras ellas, entra en el epílogo la «exhortación» (*παραίνεσις*) final. Primero, una general a los españoles que, dados los tiempos que corren, también podríamos suscribir hoy⁵⁵, pero sin la discriminación sexual⁵⁶: Ἰσπανοί, ὦ Ἰβηροί, αὐτῇ <ῆ> βασιλικῇ Ἀκαδημία ὑμῶν λέγει. ταύτην τὴν φωνήν, εἰ ἀληθῶς ἐπιθυμεῖτε ἐπισταμένους εἶναι ἀνδράς (*sic*). A continuación, las diferentes exhortaciones parciales, procedimiento al que ya nos tiene acostumbrado el autor del discurso: el grupo general de los «españoles» se divide, mediante sendos vocativos, en las especies particulares de los «teólogos» (lín. 144 ss.), «filósofos» (lín. 147 ss.), «médicos» (lín. 151 ss.) y «abogados» (lín. 154 ss.), para las que el conocimiento del griego resulta más útil⁵⁷. Si en el primer

⁵⁵ Hace veinte años, en un artículo de prensa publicado en el diario *Ya* (15-6-1978, p. 9), bajo el título de «Recuperación de las lenguas clásicas», el Prof. Luis Gil proponía la recuperación de la Academia: «Y en este último caso nos interesa recordar, puesto que se ha perdido por completo su recuerdo, que no se inventaría nada nuevo, sino que se reinstauraría una institución que tuvo en nuestro país un siglo casi de existencia y pereció, como tantas cosas, por la desidia de unos y el abandono de otros, a mediados de la pasada centuria (...) Tarea suya, frustrada por la falta de medios y por las grandes convulsiones de principios de siglo, fue la composición de un diccionario latino-hispano a la altura de los tiempos. Y esa labor, así como la redacción de un diccionario griego-español, tareas que actualmente se realizan en otros centros, podía muy bien transferirse a la competencia de una Academia Greco-Latina estructurada con criterios ágiles y modernos. Esa y la no menos importante de velar por la conservación del legado cultural de la antigüedad clásica (...) Cuando se pone sobre el tapete la conveniencia de crear nuevas academias, ¿acaso estaría de más la recuperación de una perdida y de solera?».

⁵⁶ Evidentemente, dada la época, no había ninguna mujer entre los miembros de la Academia.

⁵⁷ Unos meses antes de la fecha del discurso, el 12 de Junio de 1832 la Academia había solicitado al Ministerio de Fomento la prohibición de que nadie enseñase len-

caso no se menciona ningún nombre particular y en el último y penúltimo sólo a tres (Demóstenes, por un lado, y el «divino» Hipócrates y Areteo, por el otro), es el grupo mencionado en segundo lugar, el de los filósofos, el que parece concentrar la atención del autor y en el que se incrementa la nómina de filósofos antiguos (Anaxágoras, Platón, Leucipo, Demócrito, Epicuro y Protágoras) y modernos (Descartes, Malebranche, Leibnitz, Needham y Berkeley), cuya transcripción griega resulta un tanto llamativa para el lector actual. En todo caso, resulta extraña la ausencia de la mención aquí, entre los filósofos griegos más influyentes, a Aristóteles, y de algún que otro filósofo contemporáneo influido por aquéllos.

También resulta interesante, pero por motivos completamente diferentes, la mención de Demóstenes, un autor que por su defensa de la libertad y la democracia griegas amenazadas por el expansionismo del rey Filipo podría considerarse peligroso en los momentos en que se escribe el discurso, porque la transposición Filipo-Fernando VII estaría al alcance de cualquier interpretación del discurso en clave política. Por eso nos parece valiente la aparición del nombre del orador, siempre en tono elogioso, en varios pasajes del discurso, pese a que en el último considerado se ha evitado presentarlo como defensor de la libertad sino -más eufemísticamente- de «la inocencia oprimida» (lín. 156-7: τῆς ἀκακίας βιαζομένης —*sic*—), lo que nos permite vislumbrar que entre las personas vinculadas a la Real Academia Greco-Latina había, pese al tono conservador propio del momento, algunos individuos de talante liberal, entre los que se incluye el propio Saturnino Lozano⁵⁸. Quizá también así se explique la devoción con la que se dirigen a la reina M.^a Cristina en varias ocasiones, pero especialmente cuando asume *de facto* la Jefatura del Estado por enfermedad de su marido, momento en que se componen en su honor los poemas griego y latino ya mencionados⁵⁹. Constituye, pues, nues-

guas clásicas sin la aprobación de la Academia. En su respuesta afirmativa, el Fiscal constatará la decadencia de los estudios clásicos en España (AFIN, Sec. Consejos, leg. 1966, exp. 2): «Es doloroso que siendo estas lenguas tan precisas para adelantar en las carreras más útiles del Estado, como son las Leyes, Cánones, Medicina y Teología, no haya hecho ningún progreso esta enseñanza, antes bien se ha perdido enteramente aquella afición que tanto distinguía a nuestros sabios en los siglos XVI y XVII» (cf. E. Aguilar Piñal, *art. cit.*, p. 214).

⁵⁸ Tal vez el más conocido fuera el poeta Quintana, Académico Supernumerario.

⁵⁹ Durante la enfermedad del rey (1832-1833), los liberales apoyaron a Cristina en detrimento de la corriente carlista que pretendía el trono de su hija, Isabel II, momento en que se vive un cierto renacimiento cultural en el país con la reapertura de las Universidades. Cf. C. González Vázquez, «Una oda sáfica en latín en honor de la reina Cristina: La real Academia Greco-Latina», *art. cit.*, en prensa.

tro discurso un documento interesante sobre la valoración política de Demóstenes en una época tan turbulenta de nuestra historia⁶⁰.

Desde el punto de vista lingüístico, se mantiene en el pasaje el mismo tono irregular que hemos constatado a lo largo de todo el discurso: junto a anadiplosis (lín. 144-5: ἑλλήνιστι ... ἑλλήνιστι), paralelismos (ᾠ θεόλογοι... ᾠ φιλόσοφοι... ᾠ ἰατροί... ᾠ ῥήτορες), expresiones literarias (*cf.*, por ejemplo, la de lín. 146, δακτύλιοι τῆς σειρᾶς, «anillos de la cadena», para referirse a la tradición ininterrumpida desde los Evangelios) conviven errores ortográficos, incluso sintácticos (*cf.* en lín. 147 la concordancia anómala ἐπι-κεῖνται τὰ στοιχεῖα). No obstante, el conjunto, dadas las circunstancias y limitaciones de la época, constituye un más que meritorio discurso lleno de ecos literarios, bien estructurado desde el punto de vista retórico, con una buena argumentación central y recapitulaciones oportunas, y un proemio y epílogo especialmente trabajados. Su última frase, bella en su rotundidad y síntesis de todo el discurso, lo cierra precisamente con la palabra «griegos»: «La bellísima naturaleza tan solo una vez se alzó el vuelo, y esta fue para que la copiaran los griegos».

Pilar HUALDE PASCUAL

Universidad Autónoma de Madrid

Felipe-G. HERNÁNDEZ MUÑOZ

Universidad Complutense de Madrid

⁶⁰ No nos extraña que Saturnino Lozano haya sido también traductor de Demóstenes y Esquines, *cf.* n. 50.

Δοκίμῃ, ἢ Ἰσηρῶν, αὐτῆ βασιλικῆς Ἀκαδημίας ἐμὴν λέγει
 ταύτην τὴν φωνήν, εἰ αληθῶς ἐπισφραγίστε ἐπισταμιένους
 εἶναι ἀνδράς. Ωτ' θεολογοί, τὸ εὐαγγέλιον ἑλλητίσθι ἔσ-
 τι γεγραμμένον· ἑλλητίσθι γεγραφήσθαι οἱ μαθήται τῶν
 ἀποστόλων, πρῶτοι δακτύλιοι τῆς σειράς τῆς παραδοσέως. Ωτ'
 φιλοσοφῶν συγγραμμάσι ἑλλητίσθι ἐπιχεινται τὰ στοιχεῖα τῆς
 φιλοσοφίας. Τα' συστήματα τοῦ Δημόκαριτος, τοῦ Μαλέβριαν-
 κε, τοῦ Λύβριου, τοῦ Μελαν, τοῦ Βυρκελίου ἐπιχεινται τῆς δο-
 ξῆς Ἀριστοτέλους, Πυθαγόρου, Πλάτωνος, Διοσκρίδου, Δημοκρίτου,
 Ἐπιχόρου, καὶ Πρωταγόρου. Ωτ' ἰατρῶν ὁ θεῖος Ἱπποκράτης
 ἑλλῆν ἔσθι, ὁμοίως Ἀρεταῖος, ὁ τῆς Καππαδοχίας ἡ ἀνατομογρα-
 φία τῆς ἰατρικῆς, καὶ τῶν ἄλλῶν ἐπιστήμων αὐτῆς συμμάχων
 ἑλλητίσθι ὄντα τυγχάνει. Ωτ' ῥητόρες, ἐν τῶν συγγραμμάτων
 ἑλλητίσθι ἐμαθόντες πῶς χρὴ ἀμυνέσθαι περὶ τῶν μεγάλων
 πραγμάτων ἐμὴν παραδεδωμένῃ, καὶ περὶ τῆς ἰστορίας βί-
 βου. Ωτ' ποιῆται τὰ τέλεια ἀρχετύποι τῆς ποιησέως ἐπι-
 χεῖνται τοῖς συγγραμμάσι τῶν ἑλλήνων. Ἡ ἑλληνική φύσις εἰς
 ἀπαξ ἔγραυ τὸ ταλέντιον, ἵνα αὐτῶν ἀποτυπώσθαι οἱ ἑλλῆνες

Ἐφην.

Σατόρνινοσ Λοθάνοσ

